



El frotar se va a acabar...



El mayor espectáculo del mundo



Alegres romeros



NAVEGANDO POR EL VERO

Luciano Puyuelo Puente

El río formaba parte de nuestro vivir cotidiano: juegos, correrías de caza y pesca para los zagales, higiene, abastecimiento de agua para beber personas y animales, regar huertos y huertas, pastos para el ganado; proporcionaba también elementos de trabajo: arena, grava, mimbres y cañas, albardín para reparar "culos" de sillas, etc. etc., El río ha sido decisivo para Castillazuelo.

A mí, particularmente, siempre me ha atraído de forma especial. De chico he disfrutado del río y con el río de manera real e imaginaria soñando mil aventuras.

En secreto os voy a contar uno de mis proyectos infantiles más ambicionado y más persistente en mi caletre. Aún no lo he abandonado y no os sorprendáis si un día de éstos me veis con polainas y salacot enfascarme en la arriesgada empresa, con una camisa a rayas azules de marinero.

La idea se me ocurrió siendo yo muy crío, fue tomando fuerza y aumentaron tanto los deseos de realizarla, que no atino a explicar los motivos por los que se ha retrasado tanto, considerando, además, que la hazaña es posible.

Se trata de recorrer el cauce del río Vero navegando sobre sus aguas en un arca de "cerner" harina y amasar pan, que siempre habíamos tenido en Casa Geronimo, como en todas las demás, en el granero.

Faltos de astilleros en el pueblo y estudiando a fondo el asunto, llegué a la conclusión que ese "barco" era el ideal por su poco calado, ligero y manejable y fácil de acondicionar. Primero lo calafatearía con "pez" o "sebo" de los que empleaba mi padre en los toneles de la bodega. En un costado a la altura de un palmo de la base, agujerearía un "espirallo" provisto de una "ajeta" que ajustaría bien apretada con "cañimo" por si circunstancialmen-

te, de lluvia o en algún remolino del río entraba agua, poderla desaguar evitando naufragios.

A babor y estribor colocaría un par de remos de buena madera de litonero y en la popa una tabla larga, como timón, manejable desde el asiento que situaría en medio del arca para poder dominar la situación y en vez de ir siempre de pie, poder sentarme algún rato. Un mandil de los empleados para acarrear paja haría de toldo en caso de necesidad.

El viaje se iniciaría debajo de Huerta, justo en el puente donde la carretera cruza el río. No más arriba porque para mí allí empieza el terreno desconocido y, ¡cualquiera sabe lo que puede ser aquello! Aun así contaba con dos problemas o "handicaps" como ahora se dice, que me veía con ánimos de afrontar, pero no más porque bastantes dificultades entrañaría, sin duda, la simple navegación aún por terreno conocido.

Uno era cruzar Pozán. ¿Cómo reaccionarían los zagales cuando vieran por el río aquel "talabarte"? Allí yo tenía buenos amigos, pero ¡hasta que me reconocieran...! ¿Me ayudarían a soslayar o evitar la "pasadera" aquel tizón enorme que haciendo las veces de puente utilizaban los vecinos del pueblo para ir a la fuente o a las huertas sin mojar-se los pies?

El otro era salvar el azud. Necesitaría brazos bien dispuestos que colaboraran: bien a sacar el arca del río y volver a ponerla de nuevo salvado el precipicio, bien a descolgarla por la pared, atada con unas cuerdas.

Superados ambos escollos, a navegar. A recorrer palmo a palmo los meandros y vericuetos que el río presenta. Pasaría, ligero y animoso, bajo el puente de la canal, donde una vez siendo yo muy joven, los hombres que en "comunada" limpiaban la acequia cada año en el

mes de Mayo, aseguraron haber cazado una nutria.

Deslizarse sobre el agua en aquel tramo sería una delicia, pudiendo mirar ambas orillas desde el centro de la corriente emulando a los grandes aventureros. Pasado el "caixigo" enorme situado frente a la huerta de Riberola, la primera parada sería ya en la confrontanza del Breco de Paúl. Me acercaría a la orilla, ataría la barca junto al cañar y subiría a la fuente de Caverro a beber agua a "ficamorro" en la "balseta" limpia y fresca que está bajo el camino.

Inspeccionada el arca y más tranquilo de su respuesta y comportamiento, de nuevo a la corriente para llegar al remanso que se forma un poco más abajo en la curva y sortear los rápidos frente a la huerta Lisa que me dejarían en la tranquilidad de las Ollas. En aquella badina grande con dos y tres metros de profundidad, en la parte que el agua empieza a agitarse, tendría que hacer uso de los remos para impulsar la barca hasta la corriente que con su propia fuerza volvería a llevarme.



Ras ollas

Pero antes habría fondeado de nuevo en un rincón del Remanso, junto al arrenal, frente a la huerta que fue de Luz, (junto está la de L'Agua) y habría subido a la huerta de Jardiel a visitar el "albergo", llenándome, al marchar, las "pochas" y la "tripera" de la camisa, de los mejores y más dulces "alberges" que conozco, como hacíamos los zagales todos los días cuando íbamos a nadar a las Ollas.

De nuevo a bordo, con la Canción del Pirata en los labios, enfilaría río abajo camino del gorgo Martínez. Pasaría frente a la fuente de Miguel Arnal, pero harto de "alberges" no muy frescos, aguataría las ganas de beber agua para evitar las corridas de tripas que obligan siempre a otro tipo de galopes.

Allí sí, en el gorgo Martínez la parada es obligada. Hay que dar un descanso al barco, al ánimo del navegante y es forzoso sentarse a la sombra de la higuera que se descuelga desde la primera faja del huerto, junto al pajar y bodega de Subías, probando aquellos higos tan gordos que, sin ser de la Reina, son tan ricos que los pajaricos no los dejan acabar de madurar. Una ojeada a la bodega de Tadeo, cuya puerta a veces estaba mal cerrada y a la ruta otra vez.

Nueva etapa hacia el Puente, el gorgo o gorgueta de Carlos y más abajo el gorgo Villa. En la fuente de ese nombre, olvidados los "alberges" y con el dulzor de los higos en la boca y el calor, hay que parar a beber. El agua sabe a gloria y como hasta la huerta de Felipa y la de Sabelino no volveré a encontrar fuente, conviene llenar la "boteja". Al marchar, un vistazo a los litoneros que hay sobre la fuente, sopeando la cosecha de los litones que, en otoño, desde la escuela en los recreos, vendremos a coger para organizar las guerras a "litonazos".

Provistos de un "cañuto" lo más largo posible que cortábamos de esas cañas especiales llamadas "cis-cas", colmado el almacén de las "pochas" a medida que íbamos comiendo litones lanzábamos los



Ro gorgo Martínez

"ruellos" con el canuto, contra el adversario a batir o la zagala que era obligado incordiar.

El disparar litonazos era todo un arte. Te llenabas la boca de estas boletas y a medida que se roían y te comías la pulpa (era todo piel) con la lengua se empujaban los huesos hacia el interior del canuto, sujeto con los labios, contenías la respiración y de golpe soltabas un resoplido muy fuerte que impulsaba al hueso como un proyectil.

Como en todo lo que supone apuntar y disparar, los había con más o menos puntería y los buenos tiradores lo pasaban en grande lanzando contra la cabeza de los zagales que llevaban el pelo cortado al cero, que en los años de mi niñez abundaban por aquello de ahorrar posada a los piojos y dineros en barbero. Salía el proyectil, chocaba contra la superficie reluciente y lisa de la "pepinera" elegida y el hueso rebotaba con tanta o más velocidad que había salido de la "cisca".

Con la confianza ya de los "lobos de mar", seguiría navegando río abajo. Otearía a mi derecha Casa Cándido en despedida del territorio poblado, pasaría frente a la desembocadura de "ra" Peña Villa, antiguo cementerio de burros y tocinos, y dejando a mi izquierda "ra" huerta Paül, pondría rumbo hacia "ro" Chopar.

Allí, en recuerdo de las excursiones que hacíamos con el maestro Don Simón, amarraría despacio, y bajo una buena sombra merendaría y cruzaría el río a beber en la fuente de Felipa. Sin prisa, haciendo tiempo, esperaría a que llegaran las zagalas a nadar a "ro" gorgo del mismo nombre, y, escondido en el cañar, espíaría sus desnudeces, en recuerdo de aquellas veces que, yendo en cuadrilla, uno de los del grupo hacía ruido al chafar una caña, las nadadoras (auténticas Nereidas) nos descubrían y, a pedradas y tratándonos a "baqueta", nos obligaban a desalojar el campo en desbandada.

Desde allí hasta "ro" gorgo de "ra" Peña Blan, bajaría en un periquete y si llevaba tresmallo probaría suerte tratando de pescar algún barbo, que los hay como "ro" brazo. En ese punto daría por finalizado el viaje sin atreverme, de momento, a adentrarme en territorio de Barbastró, que ése es otro cantar.

Este recorrido que no pude hacer de zagal por diversas circunstancias, me sigue rondando por la cabeza ahora que, jubilado, tengo más tiempo y porque en caso de sequía se puede recurrir al Canal para que en el acueducto de Pozán viertan agua al río y el arca de "masar" no encalle en alguna "rasera". ¿Alguien me acompaña en la aventura?*



UN RATÓN EN EL PUEYO

José Noguero Olivar

Hace un tiempo coincidí en Barbastro con Nicolás, un viejo amigo de un pueblo cercano a Castillazuelo. Las prisas del momento y el tener que ir cada uno a sus ocupaciones nos impidieron charlar con tranquilidad; pero acordamos que, otro día, nos veríamos con calma para dar rienda suelta a nuestra común y confesable pasión.

Ayer fue ese día.

Fui a buscarle, pues su coche es tan antiguo que más bien parece de otro siglo; su casa solariega conserva numerosos recuerdos familiares, y él es —en el fondo y en el porte— todo un señor.

En el camino hacia el Pueyo me dijo:

—¿Vd. cree que seré bien recibido? (Advierto que el tratamiento de Vd. se debe a costumbre por su parte y a respeto por la mía).

Sin ninguna duda. Si no le reconocen, la cortesía hará que sea bien admitido. Y si le reconocen también, a pesar de su fama de volteriano. La biblioteca estará a su disposición.

—Y dígame, dígame, ¿encontraré a mi santo?

En estos tiempos que corren, creo que es uno de los pocos lugares donde podrá encontrar al “grande Horacio”, el santo de su mayor devoción. Allí veremos múltiples ediciones de sus obras, desde la más antigua que es casi un incunable (*Quintus Horatius Flaccus ab omni obscenitate purgatus, ad usum gymnasiorum Societatis Iesu*, Lugduni, Petrus Rigaud, 1511), hasta otra más relativamente moderna debida a un paisano suyo y casi desconocida (*Las poesías de Horacio con un comentario crítico en castellano por D. José Mor de Fuentes*, Madrid, Cano, 1798).

Y de otro, si no tan santo al menos beato, como Virgilio podrá escoger entre 23 ediciones de sus obras, en latín, castellano o francés. Quizás la más obviamente recomendable sea la titulada *Los seis libros primeros de la Eneida traducidos en prosa castellana por el maestro Fray Luis de León* (Valencia, Orga, 1777).

—¿Y de Cicerón?

Como Vd. bien sabe, los clásicos lo son porque cada nueva generación siente la necesidad no sólo de leerlos sino de reeditarlos y reinterpretarlos según el cambiante punto de vista de ese momento histórico.

Por ello en esta biblioteca encontraremos 37 ediciones de sus obras, no siendo extraño que la mayoría (23) sean ediciones del XVIII, un siglo que quería definirse como neoclásico. De entre ellas destacaría la de *Los dos libros de las epístolas selectas con traducción de Pedro Simón Abril* (Valentiae, Fauli, 1777).

Pero, por desgracia, no está la traducción y edición que Vd. hizo de él.

—No importa. ¿Y hay algún ejemplar editado por mi amigo Bodoni? ¿O por nuestro común paisano Ibarra?



El Caballero Nicolás, ilustrado

Del maestro de los impresores españoles Joaquín Ibarra podremos ver bastantes obras, como su edición de la *Física moderna* (Madrid, 1745) del turoloense Dr. Andrés Piquer.

— Gran hombre fue Piquer, y uno de los más interesados en el adelantamiento de este atrasado país.

También está la edición por Ibarra, en 6 volúmenes, de las *Lecciones de Física experimental* del abate Jean Antoine Nollet, en su traducción por el jesuita Antonio Zacagnini (Madrid, 1757); pero de Bodoni no recuerdo ahora mismo haber visto nada, aunque algo habrá.

Y a propósito del paralelo de impresores Bodoni-Ibarra, hace tiempo que quería preguntarle a Vd., que tanto ha vivido en Roma y París, cómo se juzga desde allí (por comparación) el XVIII español.

— ¡Árdua cuestión!. Objetivamente, no cabe duda de que nuestro siglo XVIII es muy inferior al italiano y al francés. Lo cual es lógico, pues para Francia viene a representar la continuación de su glorioso XVII, que ha hecho de París el centro del mundo; y para Italia significa rememorar la tradición de un Renacimiento y un comienzo de la ciencia moderna esplendorosos.

Pero para nuestra empobrecida España, que viene de un siglo de decadencia, el XVIII es importantísimo por otro motivo: por ser el momento de la gran ilusión, del tra-

bajo apasionado y esperanzado de gran número de personajes que se esfuerzan por revitalizar un cuerpo desmayado.

Piense Vd., sin ir más lejos, que de nuestro Somontano y redolada surgieron un militar como el General Ricardos (Barbastro) y un político como el Conde de Aranda (Siétamo); un escritor y Director de la Biblioteca Nacional como Blas Nasarre (Alquézar); un médico y cosmógrafo como Cosme Bueno (Belver de Cinca); un escritor y preceptista como Ignacio de Luzán (nacido en Zaragoza, pero ligado por relaciones familiares a Castellazuelo y Monzón), y un ingeniero y naturalista como Félix de Azara (Barbuñales).

¡Buena fue la cosecha del XVIII por estas tierras!

Y, sin embargo...

— Si, sí, Y, sin embargo, a pesar de ser buena la cosecha se nos tumbó el vino.

Pues el Despotismo Ilustrado desembocó, tras la Guerra de la Independencia, en el despotismo a secas de Fernando VII, para más colmo llamado "el deseado".

Pero no hay que desanimarse pues, aunque no lo parezca, todo deja su huella.

Ya que lo ha nombrado, ¿sabe Vd. que en el Pueyo podrá hojear la *Poética* de Luzán (Madrid, Sancha, 1789)?

Y también otro libro que, estoy seguro, le gustaría haber leído: se titula *Glorias de los Azara*.

De pronto, el roce con unas ramas del lado del camino me hizo volver a la realidad. Todo lo anterior había sido una ensoñación mientras me dirigía con el coche por el camino de Castellazuelo al Pueyo. Ensoñación que surgió al considerar que los veinte mil volúmenes que el Pueyo alberga hoy, año 2000 (que forman una enorme biblioteca que casi nadie lee) son aproximadamente los mismos que, hace ya 200 años, poseía en su biblioteca particular en Roma (adquirida personalmente en sólo 30 años y leída con esmero) un español moderno de enfoque cosmopolita: mi supuesto amigo Don José Nicolás de Azara y Perera, natural de Barbuñales y embajador en Roma y París.

Lo que podría llevarnos a discutir si el progreso material y técnico de nuestros tiempos (todos tenemos coche, nevera, lavadora, tele y móvil, sobre todo móvil) no parece conllevar como contrapartida un cierto retroceso intelectual y cultural. Pues hemos logrado que hoy casi nadie lea ya a esos antiguos de Horacio, Virgilio, Cicerón y compañía; mas, a la vez, tampoco sabemos casi nada del fundamento y del funcionamiento (de las "trips") del coche, la tele o el móvil.

Pero, eso sí, sabemos darle al botón.

Somos una civilización "botonuda".

TECNO-MAT

Tecnología del automatismo, S. L.

Agradece la acogida de sus vecinos durante su primer año en Castellazuelo y les desea a todos unas felices fiestas.





PASEOS POR BARCELONA ARQUITECTURAS DE LOS AÑOS TREINTA

Pedro Berges Barón

Barcelona es una ciudad con un rico patrimonio arquitectónico que seduce al forastero y a sus habitantes. El barrio Gótico y el Modernismo son dos citas que cualquier visitante no deja de lado y, últimamente, debido al afán edificatorio relacionado con las Olimpiadas, numerosas construcciones —el pabellón Sant Jordi, la villa olímpica, las torres de comunicaciones...— han sido incorporadas a las rutas turísticas. Sin embargo, hay una arquitectura pionera y precedente de la actual, desarrollada en difíciles condiciones durante los años treinta, que aún no ha sido acogida en el muestrario cultural y a la cual solamente arquitectos y amantes del arte agasajan.

Cuando los maestros del Modernismo llenaban el ensanche de la ciudad con unas casas para las clases adineradas atiborradas de decoraciones fantásticas inspiradas en la naturaleza, la gente común se mofaba. El mismo Gaudí fue objeto de repetidas burlas y su famosa Pedrera (1906-10) —hoy convertida en uno de los puntos más visitados de la ciudad por el buen patrocinio de una entidad financiera que la salvó de la ruina hace, tan solo, diez años— estuvo en un tris de no ser construida. Hasta los años treinta no se apreció el Modernismo, no fue hasta los cincuenta cuando realmente esas obras comenzaron a ser consideradas piezas maestras y, aun así, no recibieron un decidido respaldo público hasta finales de los setenta. Si ésta ha sido la historia del Modernismo, no debemos extrañarnos de que la arquitectura de los años republicanos todavía no forme parte de las rutas turísticas de la ciudad.

El GATCPAC

La aparición de la arquitectura Racionalista en Barcelona —aquella que proponían Le Corbusier, Mies Van der Rohe y Gropius— vino de la

mano de una generación de arquitectos que finalizaron sus estudios en torno a 1930. Se habían conocido en la Escuela de Arquitectura, donde habían participado en protestas contra un sistema de enseñanza que no se preocupaba por el problema de la vivienda ni por el urbanismo del extrarradio. Eran unos jóvenes idealistas que se sintieron cómplices con la aventura reformista de la República y que, siguiendo el ejemplo de otros países europeos, decidieron crear una organización, el GATCPAC (Grupo de Artistas y Técnicos Catalanes por el Progreso de la Arquitectura Contemporánea), desde la que les fuera más fácil intercambiar proyectos y relacionarse con otros arquitectos españoles y extranjeros de talante similar.

A pesar de los difíciles años en los que les tocó bregar, su labor fue sumamente interesante. Desde el primer trimestre de 1931 a junio de 1937 editaron la revista A.C. que se convirtió en la publicación abanderada de la vanguardia arquitectónica española. Su local social, situado en el cruce del Pº de Gracia con la calle Rosellón, se transformó en un centro cultural de primer orden donde se alternaban reuniones, conferencias, convocatorias de concursos para estudiantes de arquitectura, al tiempo que se exponían materiales novedosos para la edificación y se vendían muebles ideados por ellos mismos o por reputados diseñadores internacionales. También realizaron proyectos urbanísticos conjuntos, que las circunstancias históricas malograron, como La Ciudad Reposo en Castelldefels y el Plan Macià para Barcelona que incorporaba al anterior. Dicho Plan era una ambiciosa propuesta urbanística que regulaba todo el uso del suelo urbano, la organización de las comunicaciones y un nuevo tipo de manzana supuestamente mejor que las del Plan Cerdà. En él se planteaban aspectos como la recuperación

de las playas y la creación de un barrio a su vera, cosas que no se han puesto en práctica hasta 1992.

Sert y Torres Clavé

Entre todos los componentes de este grupo, Josep Lluís Sert y Josep Torres Clavé merecen una atención especial. Sert ha sido uno de los



Sert, Torres Clavé y Subirana
Dispensario antituberculoso

arquitectos españoles más interesantes del siglo XX. Recién titulado, en 1929, trabajó en el despacho parísino de Le Corbusier. De vuelta a casa, impulsó la creación del GATCPAC y participó en todos sus eventos, así como en diversos congresos internacionales —los famosos CIAM— de arquitectura moderna. Tras la guerra civil, se exilió en los Estados Unidos donde alcanzó un sólido prestigio. Muy de tarde en tarde, volvía por Barcelona, donde aún construyó la maravillosa Fundación Miró de Montjuïc en 1972. Falleció en 1983.

El malogrado Torres Clavé era hijo de una familia de arquitectos. Formó despacho profesional con Sert y se convirtió en el corazón del GATCPAC y de la revista A.C., así como en el encargado de las relaciones exteriores del grupo. Durante la guerra, permaneció en el país y se ocupó de la creación del Sindicato de Arquitectos de Cataluña, dirigió con un nuevo plan de estudios la Escuela de Arquitectura y fue miembro de la Comisión Mixta de Control y Administración de la propiedad urbana, tras el decreto de Municipalización de la vivienda. Murió en enero de 1939 en el frente de Lérida con sólo 33 años.

larío y espacios de juego, así como amplios locales para cooperativas de consumo y talleres. Las cubiertas en terraza estaban pensadas como zona de ocio. Fue también el mejor esfuerzo en el enfoque político del problema de la vivienda. Aunque esfuerzo baldío por la falta de continuidad, porque fue requisado tras la guerra civil y usado como hogar para militares.

El Dispensari Central Antituberculós (Pasaje Sant Bernat, 10) es la obra emblemática del racionalismo barcelonés porque representa a la perfección, no sólo todas las características del racionalismo, sino unas aportacio-

manera como se diferencian y articulan las diferentes partes del edificio según la función a que están destinadas. También acusa claramente las peculiaridades del GATCPAC: el uso de cerámicas, en la cuidadísima volumetría y el empleo del color y las texturas, desde el verde brillante de los zócalos hasta el fibrocemento de la fachada.

El Pabellón de la República (Av. Cardenal Vidal i Barraquer s/n)

El Pabellón de la República en la Exposición Internacional de París de 1937 es otro de los hitos de la arquitectura moderna, sólo que está realizado fuera de España y durante la guerra civil, cuando la experiencia del GATCPAC ya la podemos dar por terminada. Fue realizado por Sert, Lacasa y la eficaz participación del joven Antoni Bonet. Recientemente ha sido reconstruido en el campus universitario del Valle Hebrón.

El edificio original constaba de tres plantas sobre un sistema de pilotes, pero con un esfuerzo encaminado a dar una imagen de arquitectura mediterránea. La estructura era de hierro pintado de rojo y blanco, las paredes externas se revestían con placas onduladas de fibrocemento y toda la planta se ordenaba alrededor de un patio cubierto con una lona, como un entoldado, que permitía reuniones y espectáculos. Desde la inferior se accedía por una gran rampa, que formaba uno de los costados del patio, a las plantas superiores. Construido con gran limitación de materiales y tiempo, reunió un excepcional conjunto de arte de vanguardia —la Fuente de Mercurio de Calder, la Montserrat, de González, El Pagès Català i la revolució, de Miró y el Gemika de Picasso— en un raro ejemplo de integración de obra arquitectónica, escultórica y pictórica que contribuyó a que el pabellón fuera un éxito internacional.

En fin, en futuros paseos por la ciudad condal, estos pocos edificios deberían ser incorporados a la lista de las visitas tradicionales. •



Reconstrucción del Pabellón Español de la Exposición Internacional de París de 1937. Av. Cardenal Vidal i Barraquer s/n (1992)

Las mejores obras conjuntas

Poco tiempo tuvieron para desarrollar su profesión, pero unas pocas obras merecen la visita del forastero. La casa bloc (P^o Torres i Bages, 91) fue el primer proyecto racionalista de viviendas económicas para trabajadores en los límites del barrio obrero de Sant Andreu. Se construyó entre 1933 y 1936 por encargo del Patronat de l'Habitació de Barcelona, organismo dependiente de la Generalitat, en colaboración con los Sindicatos. El bloque consta de 200 viviendas dúplex y zona verde; se equipó con una biblioteca, un club social, un parvu-

nes genuinas del GATCPAC. Construido dentro de la trama del distrito V, el más denso e insalubre de Barcelona. Las ideas modernas para estas zonas urbanas consistían en vaciar estratégicamente partes depauperadas de la trama urbana para permitir la entrada de luz, aire y rebajar la densidad. Al recibir el encargo intentaron poner en práctica sus postulados en materia hospitalaria.

En un solar irregular se disponen en forma de L dos bloques contenedores de las diferentes instalaciones asistenciales y se reserva el espacio sobrante para jardín y las terrazas para solárium. El sistema constructivo muestra la estructura metálica y la



EL YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO DE VALMAYOR EN CASTILLAZUELO

M^a Nieves Juste Arruga.
Arqueóloga. Directora de la excavación arqueológica.

En 1991 Andrés Olivar Almazor, descubrió en los montes de Castellazuelo que bordean el Vero, un yacimiento arqueológico. El Ayuntamiento, en su interés por recuperar la historia de Castellazuelo impulsó la realización de una excavación arqueológica para conocer sus características.

Una vez obtenida la autorización de la Diputación General de Aragón, en el verano de 1991, organizamos el equipo de trabajo con la colaboración desinteresada de los participantes: Juan José Sampietro, Andrés Olivar Almazor, Luis Sanz y Andrés Olivar Llorente; colaboradores en la excavación Ana Soler, topógrafo, y M^a Nieves Juste, arqueóloga. En 1993 con el apoyo del Centro de Estudios del Somontano, pudimos dibujar los materiales, para realizar su estudio, un avance del cual está publicado en *Arqueología Aragonesa 1993, Monografía de la Diputación General de Aragón*.

En las catas realizadas, documentamos varios estratos arqueológicos, que demostraban el uso de este sitio en la antigüedad, a pesar de que el yacimiento se hallaba muy deteriorado. No encontramos indicios de edificios, pero sí restos constructivos que demuestran que allí hubo un asentamiento humano. Entre ellos cabe destacar una alineación compuesta por tejas y losas de caliza pertenecientes a alguna

conducción, trozos de adobe, mogotes de arcilla, pequeños ladrillos de pavimento o escoria metálica.

Junto a estos restos se hallaron bastantes materiales cerámicos de adscripción cultural romana e ibérica. En su mayoría se trata de pequeños fragmentos que no permiten rehacer las vasijas pero que nos proporcionan a los arqueólogos importante información sobre sus formas reconstruidas mediante el dibujo, el material y técnica utilizada, función y cronología. La variedad de vajilla refleja el uso de los objetos habituales en una casa de esta época. La mayor parte de las piezas proceden de vasijas de mesa y cocina. Entre la primeras se encuentran las llamadas engobadas, de color marrón o anaranjado, pertenecientes a cuencos, platos, ollas, fuentes, botellas, etc., de varios tamaños; también pequeños vasitos y ollitas de paredes finas, utilizadas para suplir el vidrio, algunas con decoraciones de incisiones o de barbotina (gotitas de barro en relieve). Cerámica de uso común, de cocina, se halla profusamente representada con una amplia variedad de tipos y tamaños (ollas, cuencos, platos, fuentes, etc) así como grandes tinajas globulares (doliae) de almacenaje, algunas decoradas con cordones.

Los habitantes de este enclave también utilizaban las vasijas de "terra sigillata" caracterizadas por un engobe de excelente calidad, en tono rojizo, que son las típicas del

imperio romano y corresponden a una vajilla de calidad que denota prestigio. Los dos trocitos encontrados pertenecen a importaciones de los talleres de Italia, frente a los otros tipos citados que se fabricaron en el Valle del Ebro, y probablemente contaban también con alfares en el territorio oscense. Un fragmento de vidrio y una ficha de pasta vítrea completan los materiales romanos.

Aunque escasos, junto a estos materiales, es importante la aparición de dos fragmentos de cerámica ibérica decorada en rojo con motivos geométricos, que corresponden a las más antiguas.

Esta excavación ofrece importantes datos sobre el poblamiento, escasamente conocido en esta zona, en época ibérica y romana. Teniendo en cuenta las fechas que aportan las cerámicas, podemos decir que nos encontramos en un asentamiento que se desarrolló entre la segunda mitad del s.I antes de Cristo y comienzos del s.I. d.C, probablemente en torno al cambio de era, cuando en el territorio oscense coinciden este tipo de materiales. Estaría en una época y en un espacio cultural caracterizado por el fin de la cultura ibérica y el proceso pleno de romanización.

El entorno del río Vero, formaba parte del territorio ocupado por el pueblo ibérico de los ilergetes, en el norte del Valle del Ebro desde el río Segre al

Gállego, y cuyas ciudades importantes fueron Lérida (Iltirda, luego Ilerda) y Huesca (Bolskan, luego Osca).

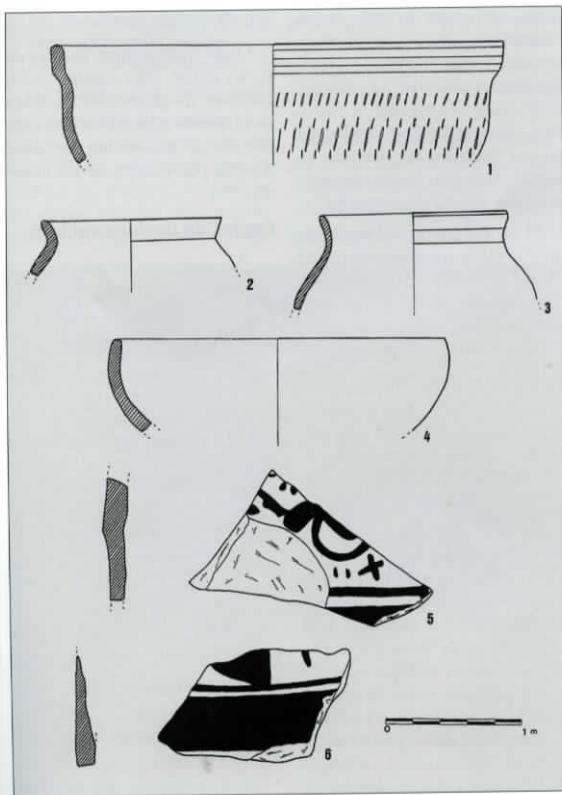
Durante la conquista romana Bolskan fue elegida por Quinto

romana. Como en Iltirda tuvo el apoyo de los indígenas. Acontecimientos, como ratifican las excavaciones en la ciudad de Huesca, que demuestran que este territorio se integró

que esta zona del Vero se benefició por su situación próxima a la ruta de Ilerda y Osca, y debió estar en estos ejes de trasiego. Así podríamos considerarlo con el hallazgo de la piezas de vidrio y de la sigillata itálica, fruto del acceso a las vías comerciales, cuando todavía no se ha generalizado el uso de estos productos, que son bienes de prestigio o "novedades".

En este contexto se encuentra el asentamiento de Valmayor que contó con un único momento de ocupación, quizá no muy prolongado, 30/50 años. Disponía de edificaciones estables al menos de adobe y correspondía a una pequeña "villa" agrícola, antecedente de nuestras actuales "torres", que también pudo desarrollar alguna actividad artesanal a la que obedecerían las escorias.

Sus habitantes, que están en contacto con las novedades que se producen, pudieron ser iberos prácticamente romanizados que sólo de forma residual mantienen algunas costumbres indígenas, o incluso romanos que ocupan las tierras de cultivo cerealista. Es importante descubrir cómo el entorno del río Vero, que hoy constituye el Parque Cultural, estuvo ocupado desde la Prehistoria a la etapa romana, y el valor que las altas plataformas que rodean el río han tenido en el proceso de configuración del hábitat. Por ahora quienes poblaron Valmayor y otros yacimientos de este corte documentados en el entorno son los antepasados más remotos de Castillazuelo.♦



Materiales cerámicos de la cata A. Nivel a1 (nº 1,2,3: cerámica englobada y de paredes finas; nº 4 cerámica común oxidante). Nivel b (nº 5,6: cerámica ibérica)

Sertorio, en el primer tercio del s.I a.C, como su capital durante la lucha política que mantuvo desde Hispania contra el sector dominante de la República

muy pronto en la cultura romana. Otros buenos ejemplos como Labitolosa, en La Puebla de Castro, o hallazgos en el Cinca, nos permiten considerar



CASTILLAZUELO, LUGAR TÍPICO Y PINTORESCO, EN LA RUTA DEL RÍO VERO

José Antonio Adell Castán

Cuando el viajero accede a diferentes rutas del Somontano o del parque de Guara, partiendo desde Barbastro y siguiendo la carretera del Vero, pasa ineludiblemente por Castellazuelo. El pueblo se nos antoja pintoresco, pero para conocerlo es mejor apearse del coche y recorrer sus calles, su amplia Plaza Mayor, visitar su iglesia, el lavadero, el azud, el puente medieval y acceder hasta los restos del viejo castillo con su ermita románica en ruinas. El trato con sus gentes amables y cordiales nos anima a regresar al lugar.

Hace doce años visité la escuela de Castellazuelo, unos años más tarde aquella escuela se cerró, como se han cerrado en los últimos años tantas en nuestro Altoaragón. Recuerdo también las dos ocasiones en que se me invitó a su prestigiosa Semana Cultural. Produce una gran satisfacción acudir a una población donde sus habitantes acuden masivamente a los actos culturales.

Invitado por los responsables de la revista local "Ro Zimbeler" (hay que felicitarlos por haber sabido mantener esta publicación) a colaborar con un artículo voy a tratar dos aspectos de la población: las fiestas y las coplas entre los pueblos vecinos.

El recuerdo de las fiestas

Las fiestas de Castellazuelo son han ofrecido interés para nuestros trabajos de investigación y divulgación. San Salvador llegó a contar con una semana de festejos, como en el año 1987, en cuyo pro-

grama ya se advertía que la de aquel año iba a ser sonada. En la víspera, como proclamaba el programa de fiestas, "ro pelo de ras mujeres permanetau, ros críos sin moquita y calzón blanco ya marcan fiesta y nosotros con codetes, chufainas, campanadas y carrozas... alcen ro cuello ta un balcón (si nos lo dejan) que sentirán ro pregón, todo esto mochau con güen poncho y agarrar güen troncho".

El día del patrón, la misa baturra y la ronda con Campodarbe de Pozán, los demás días diversos actos, concluyendo con la traca final, marcarán cada año esos días de calor y bullicio en sus calles.

Antaño la fiesta más importante era la de San Antón en el mes de enero, que se prolongaba hasta San Sebastián, día en que se acudía a la ermita del cementerio, que suponemos que aún se mantiene.

Otro día importante era la romería a la Virgen del Pueyo. Cada población de la redolada tenía su día. Los de Castellazuelo acudían el día 3 de mayo, día de la Invención de la Santa Cruz. Los campos estaban en pleno verdor y la preocupación porque la cosecha llegase a buen recaudo era evidente. Por esa razón se paraba en la Cruceta, desde donde se bendecían los campos. Posteriormente se trasladó la romería al primero de mayo, que era festivo, y se perdió la parada en la Cruceta al ir con automóviles.

Nuestra Señora del Pueyo toma el nombre del montecillo en que se apareció al pastor de Morilla, San Balandrán. Dicha aparición se verificó sobre un almendro en el

año 1101 (el próximo año se cumplen 900 años de aquella aparición). En el siglo XVII acudían más de cincuenta pueblos.

Otras celebraciones festivas de la localidad eran Santa Lucía, Navidad, en cuyos días los niños de la escuela preparaban una obra alusiva al nacimiento y Santa Águeda con festejos de las mujeres.

Coplas de pueblos vecinos

Una copla que les gustaba a los de Castellazuelo, donde nombraban a sus vecinos era la siguiente:

*En Barbastro están los nenes,
en Naval, los puchereros,
en Salas, los niños guapos
y en Pozán los embustersos.*

Uno de Barbastro tenía sus amoríos entre Castellazuelo y Pozán:

*Tengo una novia en Pozán
que la quiero y no me la dan
tengo otra en Castellazuelo
que me la dan y no la quiero.*

Los dos pueblos están muy próximos:

*De Castellazuelo a Pozán
las gallinas van,
de Pozán a Castellazuelo
los tocinos.*

Se decía que algunos de Pozán venían a robar a la huerta de Castellazuelo. Así cuando se encontraba a alguno de aquel pueblo se le increpaba:

¿De Pozán y con talega?

Entonces, el de Pozán respondía:

¿De Castellazuelo y con carro?

Las amores y desamores entre Castellazuelo y Pozán pasaron como todos los pueblos vecinos por diferentes periodos. A los de Castellazuelo les sentaba muy mal esta copla, que les sacaron sus vecinos:

*En la torre de Pabán
hay un nido de aguaceros,
para rascarse los cuernos
los mozos de Castellazuelo*

Por las huertas de Pozán también se apareció una culebra que debía ser enorme, pues aún se dice: "Haces más rastro que el culebrón de Pozán". Al parecer un verano alguien del pueblo comenzó a aludir a una enorme

culebra que se encontraba por las huertas de Pozán y que se refugiaba en el río. La gente comenzó a tener miedo. Además se podía ver su enorme rastro por los campos, especialmente, en el melonar de un vecino.

Nunca nadie la llegó a ver, pero lo que es cierto es que a aquel vecino que siempre le robaban los melones nunca más le tocaron ninguno. Hasta cuentan en el pueblo que el rastro que veían era porque antes del amanecer el dueño de los melones ataba una sogá a un madero y la pasaba por los huertos y ése era el rastro que aparecía.

De otros pueblos de la redolada tenemos otras coplas:

*En Huerta están los berceros,
en Salas Bajas, litoneros,
en Salas Altas, peñaceros
y en Colungo, figoneros.*

Todo esto pertenece al pasado. Entonces no había televisión, las personas hablaban y convivían más y de alguna forma también lo pasaban bien metiéndose con los del pueblo vecino. Sin embargo eran muchos los matrimonios entre jóvenes de ambos pueblos y ante los asuntos importantes los dos pueblos se unían. Es como la historia de los hermanos que discuten, pero en el fondo se quieren mucho. •



Río Vero. Acueducto de Las Canales. Documentada su construcción en el siglo XVI. Un airoso arco de medio punto permite que el agua del salto de Pozán llegue a Barbastro



"...Braganza mira al viajero como si ya no le recordara. Han pasado 5 días y parece otra persona. Pero él sí la recuerda..."
Julio Llamazares.

Sirva este prelude para presentar una imagen del pasado, un aroma de nuestro baúl de incontables recortes que guarda la memoria, la suya, la de sus compañeros de latinajos y verbos, de correrías; la de sus contemporáneos, ora leguleyos de estos lares; la del escritor que habla para negar que el tiempo borra la vida; todavía le queda el recuerdo para dar testimonio de sus actos, ensañaciones y somnolencias.

Antonio, segundo hijo y primer varón de Mari Cruz de casa "Marino" se crió entre los jardinetes, el Coso, Seminario y otros rincones de Barbastro. Luego voló como lo hacen las tordas a anidar en otros parajes, en su caso Madrid; y volvió como las golondrinas a estivar por estos pagos y montañas.

14 DE ABRIL DE 1957: DOMINGO DE RAMOS

Antonio Sánchez Castillón

*A Fernando y Mari Cruz que viven en el cielo de mis recuerdos.
A mis seis hermanos, pero especialmente a Mili y a Mari Jose a las que aún no conocía en 1957.*



Foto de la familia en 1957

familia, y más allá su hermana, la tía **Juanita**, que da un tono de color a la escena gracias a un chaquetón blanco cruzado. Finalmente, al lado de Tito y Teresita, el primo **Juan José**, con jersey de pico y mirada de sorpresa porque no está acostumbrado a las celebraciones del Domingo de Ramos, como lo demuestra la forma de sujetar la palma...

SÁBADO, 13 DE ABRIL DE 1957

Ya ha amanecido. Barbastro, capital del Somontano de Huesca, está cubierto por una densa niebla, *boira* dicen por aquí, como durante tantos días desde Diciembre hasta que llega la primavera. En el cuarto piso del número 14 de la Carretera de Huesca, Avenida del Ejército Español la llaman desde los cuarenta, empieza ya a percibirse movimiento. De la habitación del fondo del pasillo sale con sigilo para no despertar a nadie y medio somnoliento Fernando, el padre de la familia, un mocetón alto y fuerte que todavía no ha cumplido los cuarenta años. Es sábado y no tiene que ir al cuartel, pero prefiere madrugar y, aunque sea hasta el mediodía, corretear por la *Clamor* y dar unos cuantos tiros a las palomas torcaces, liebres o conejos que tanto abundan por los montes de almendreras, carrascas y oliveras. Y si se le da mal la mañana, al menos habrá respirado aire puro y de paso no tendrá que bregar con tanto crío o con los lloros de Luisito, el pequeño de nueve meses, o de Teresita, que ya ha cumplido los dos años.

Desde aquel veinte de Abril han pasado solamente once años, pero la familia ha crecido sin cesar. Junto al "ropero", al lado de la cocina, en una habitación cuya ventana se abre a *La Floresta*. Toñi, de ocho años, y Tito, de seis, comparten la estrecha cama

DOMINGO, 14 DE ABRIL DE 1957

Ha sonado la sirena de las doce y los alrededores de la Catedral están repletos de gente como todos los años. Es Domingo de Ramos y día de estreno. Familias enteras esperan el momento de la bendición de las palmas que niños y niñas exhiben con orgullo y que luego adornarán durante un tiempo los balcones y ventanas de la ciudad.

Delante de un "seiscientos", HU 3.443, haciéndose un hueco entre varios centenares de personas, una de tantas familias está posando para que Ismael, con su *Kodak* de objetivo 2,8, los immortalice. Es ya familia numerosa: **Laurita**, de once años, con traje del colegio de las monjas y con velo virginal, tímida o enfadada, aparta su mirada del

fotógrafo, mientras sujeta sin quererlo una diminuta palma minuciosamente elaborada. **Toñi**, de ocho años, zapatos y calcetines a juego, encorbatado y repeinado, levanta orgulloso la palma que con un gran lazo casi oculta su mirada. **Tito**, de seis años, también encorbatado, sonríe divertido con una palma algo más pequeña que la de su hermano. **Teresita**, la pequeña, de algo más de dos años, quiere emular a sus hermanos y por unos instantes ha dejado de corretear y posa algo malhumorada con su palma casi tan grande como su gorrito a juego con el abrigo. Junto a ellos, sus padres: **Fernando**, de ya casi cuarenta años, cara de malhumor, con un traje oscuro y chaleco, apropiado para un día tan especial; **Mari Cruz**, de treinta y tres años, que luce un traje de chaqueta asimismo oscuro y una mirada feliz y sosegada. A su lado, **Virgilia**, amiga de la

que se apoya en una pared llena de dibujos y garabatos. Uno y otro la han ido "decorendo" al cansarse de jugar a las chapas que minuciosamente recogen en *La Floresta*, después de los bailes de los fines de semana. Acompaña el sueño de los pequeños un rústico armario de madera que sirve a Fernando de taller de joyería sobre el que casi todas las tardes graba cubiertos o funde oro y plata para elaborar los anillos que *La Isla de Cuba* y algunas relojerías de la ciudad le encargan a menudo. Completan la habitación una Singer reluciente, diversas sillas de enca, casi todas cubiertas por las ropas y zapatos de los crios o por vestidos a medio coser, y una bombilla de 60 vatios que cuelga desnuda del techo.

En la habitación que está al lado del recibidor, la más "elegante" de la casa por su mesa y sillas de mimbre, Laurita, la mayor, que está a punto de cumplir los once años, está todavía en el mejor de los sueños. La noche anterior se durmió tarde por culpa de la lectura de uno de los libros que reposan en la sencilla librería de madera del recibidor...

Los tres están muy contentos porque este sábado va a ser el primer día de las vacaciones de *Semana Santa*. Durante diez días no tendrán que madrugar ni subir la cuesta del Ayuntamiento o de la Catedral para recitar en las Escuelas Pías o en las Monjas la tabla del siete o los rios de España. Tampoco tendrán que oler de nuevo el queso o la leche americana antes de que suene la sirena de la torre de la Catedral.

Y en el dormitorio más grande, de donde acaba de salir Fernando, el que está al lado del recibidor y enfrente de la puerta de entrada de la casa, bien iluminado por sus dos ventanas que dan a la *Carretera de Huesca* y a *La Floresta*, respectivamente, permanecen los dos pequeños. La diminuta cuna de madera recién pintada, apoyada junto a la cama del matrimonio, está vacía. Luisito, el más pequeño, ha empezado a lloriquear y su madre, Mari Cruz, rápidamente lo ha acurrucado junto a ella para poder disfrutar un rato más de esas horas silenciosas de la mañana. Finalmente, al otro lado de la habitación y en una cama turca pegada a la pared, descansa plácidamente Teresita, que con sus dos años es el juguete de sus hermanos mayores por sus simpáticos balbuceos y por sus andares todavía inseguros.

Cuando Fernando sale de la casa todavía la *Carretera* está desierta. Se dirige a la *Fonda El Jardín* donde en un pequeño cuarto de la parte baja guarda su reluciente Lube de 125 que ha sustituido a la *Mobillette*. Un

macuto con un par de bocadillos, la bota, unos pocos cartuchos recargados la tarde anterior y la escopeta del 12 es lo único que se lleva para la deseada excursión a la *Clamor*. El ruido de la moto despierta a los que se hospedan en el primero de la *Fonda*, poco acostumbrados al rugir de los motores tan de mañana. La motocicleta se pierde carretera arriba mientras el reloj de la catedral da las siete campanadas.

Una hora más tarde, Mari Cruz se desliza de la cama para no despertar al pequeño. Cierra las contraventanas para que no entre luz en la habitación y antes de salir del dormitorio tapa con mimo a la niña de la cama turca. Envuelta en una bata de franela camina hacia la cocina que está al fondo del pasillo. Antes de entrar, se asoma a la habitación que está junto al ropero y comprueba que Tito y Toñi siguen plácidamente dormidos. Como todas las mañanas se dispone a "calentar" la casa: en la despensa llena el pozo con una carga de serrín y lo lleva a la estufa del comedor. A continuación enciende la cocina económica de hierro y sobre ella empieza a calentar la leche que después de un rato hervirá hasta dejar una espesa capa de nata que se disputarán los mayores a la hora del desayuno junto con las tostadas de pan de hogaza, compradas el día anterior en *La Flor de Aragón*. Fría la vajilla de la noche anterior y termina de lavar los pañales que había dejado en remojo en el lavadero del fondo. Mientras los aclara, mira a través de la ventana desde la que se ve con claridad el piso superior de la *fonda El Jardín*, y a lo lejos, entre la neblina de la mañana, la silueta del Seminario recientemente construido. Un poco más arriba, en los montes del Pueyo, estará ya él correteando entre las lomas y con el frío de la mañana... ¿Se habrá abrigado lo suficiente? Si hay suerte, mañana, domingo de Ramos podrá hacer conejos de monte con *ajacete* y un buen caldo con las pechugas de las palomas torcazas. Tiende los pañales en una cuerda situada encima de la cocina y retira del fuego la leche que ya ha comenzado a hervir. En un plato deposita con mimo la gruesa nata que flota sobre la leche. Llena tres grandes tazones, añade unas cucharadas de azúcar, un poco de *Cola Cao* y rechira con energía. A Tito no le gusta que haya grumos en la leche y la nata se la repartirán Lauri y Toñi.

Son casi las nueve y los mayores no tardarán en aparecer. El comedor está aún frío a pesar de que la estufa lleva ya un buen rato funcionando. A los pocos minutos la cocina se llena de voces, risas y discusiones por coger el mejor sitio de la pequeña mesa que

está pegada al lavadero, no lejos del calor de la cocina. Mari Cruz intenta poner orden a la hora del desayuno:

- Laurita, deja a Tito la silla y coge tú la banqueta, que él casi no llega a la mesa.
- ¡Toñi, deja de enredar y tómate la leche! Como te manches el pijama, te subo al cuarto de la leña y no sales en toda la mañana...
- Tito, no le hagas caso, ya sabes que es un cisma...
- Hija mía, ahora cuando tus hermanos se tomen la leche, les ayudas a que se laven, los vistes y os bajáis a la *Fonda*, ¿eh?, así podré atender a los pequeños. Ha venido Mariberta a pasar las vacaciones con Pili y Rafaelito. Os lo pasaréis muy bien jugando en el jardín...

Antes de las diez, los tres, bien abrigados, empiezan a bajar las escaleras haciéndose notar. Pasan el rellano de Pilar Alegre dando grandes gritos, pero al llegar al segundo piso se callan por un instante temerosos del mal humor de Justa que tan mal lleva lo de tener por vecinos del cuarto a semejante quinteto tan bullicioso.

[Al cabo de los años, un diez de agosto del 1997, sentada con su hermana en un velador del Coso de Huesca, recordará con nostalgia y cariño aquellos años cincuenta en los que tantas veces corrió a la cuadrilla de Mari Cruz. Un brillo especial asomará en sus ojos cuando hable de Mari y de Fernando. Ahora entiende muy bien a los que ocuparon hasta los años 60 el piso de arriba. Una lágrima se le desliza lentamente y el hijo mayor de Mari Cruz, que escucha silencioso los recuerdos, la abraza con cariño]. Salen del portal y durante unas horas sus gritos serán reemplazados por el balbuceo de los pequeños de la casa que ya han dado señales de vida.

Teresita, nada más bajarse de la cama turca, se ha acercado con bastante agilidad a la cuna vacía y luego a la cama de sus padres donde el pequeño de diez meses está lloriqueando. Torpemente le pone el chupete e intenta mediante cariñosas palmadas que deje de llorar. La madre ha acudido como un rayo y antes de cogerlo en brazos le cambia el pañal mientras con notas desafinadas tararea una canción infantil. Con Luis en brazos y perseguida por la pequeña que no le suelta la bata camina por el pasillo hacia la cocina. Allí repetirá el desayuno, ahora con mayor participación. Está nerviosa porque ya son las diez y media y Juanita aún no ha venido. Hay que hacer las camas, recoger las ropas, hacer un par de coladas,



preparar la comida, sacar a pasear a los pequeños y, además, terminar las chaquetas, los pantalones y el abrigo de Teresita. Suerte que Lauri podrá lucir mañana, en la bendición de las palmas, el uniforme del colegio. Este año no le toca estrenar. Por fin llega Juanita a echar una mano a su hermana y juntas visten a los pequeños en el comedor, alrededor de la estufa que ya casi está al rojo. La radio del aparador los distrae: suena el anuncio del *Cola Cao*, en el cine Cortés se va a estrenar *La túnica sagrada*, el obispo convoca a todos al día siguiente para la bendición de las palmas, la música de Haendel inunda la estancia...

Luisito comienza su paseo en un cochecito heredado, empujado torpemente por su hermana y por la tía Juanita, bien abrigado y adormilado gracias al chupete. Por la acera de *La Floresta* dejan la reciente *Estación de Autobuses*, la carpintería, los *Jardincillos* donde unos cuantos chicos juegan al hoyé con unos pitos de barro, el abrevadero de la esquina del Coso... Por entre los castaños de indias, ya con pequeñas hojas, siguen camino de la calle de *San Ramón*. En la carnicería de Eugenia hacen una parada. Teresita se mete tras el mostrador y es levantada en vilo. Desde lo alto mira a las mujeres que pacientemente esperan su turno. *[Años después no quedarán recuerdos del mostrador, ni de las paredes de azulejos blancos y azules, ni de la balanza trucada, ni del paquete de papel estraza, ni de los ganchos con piernas de cordero o chorizos de matanza, ni de las tortetas, morcillas de cebollas o chivetas preparadas con mimo la noche anterior. Los galadiños y claveles de enamorados, Las dalias multicolores, la esparaguera para las coronas o el penetrante olor de los nardos inundarán estas paredes que un día fueron carnicería o años atrás tienda de paños y retales, cuando el Coso estaba en todo su esplendor como lugar de ferias ambulantes].* Y siguen hacia la plaza del mercado...

Antes de las doce, con algo de retraso, Mari Cruz empieza a preparar la comida. Ni aún ahora descansa su cabeza: "¿por dónde correteará Fernando? A ver si cogen frío los pequeños. Como se le ocurra subir a los de la Fonda no me va a dar tiempo a todo lo que me queda"... Aviva el fuego con unos troncos de madera y pone sobre él una cacerola con agua. Enseguida, una hojas de laurel, cebollas, ajos, unos trozos de panceta, chorizo, la sal, un chorro de aceite y las lentejas triadas poco a poco sobre la mesa de la cocina. Para postre, la carne de membrillo. Tapa la cazuela y recoge de la cuerda las ropas puestas a secar.



Los Jardinetes y la Estación de Autobuses. (www.barranque.com)

— ¡Mariiii!—, gritan al fondo de la cocina. Se acerca al lavadero y se asoma por la ventana que da a la fonda El Jardín. Desde el patio le está hablando su prima Tomasa:

— Mari Cruz, como tus hijos se lo están pasando tan bien, comerán con nosotros. La abuela Francisca les está preparando carne con patatas, así que no los esperes a comer.

— De acuerdo, Tomasa, pero dile a Laurita que suba a eso de las cinco y media. Cuando los crios se levanten de la siesta no podré atenderlos. Aún me quedan unas horas con Virgilia. Ya sabes. El abrigo de Teresita, las chaquetas y los pantalones de los mayores.

En esos momentos, a unos kilómetros, cerca de *El Pueyo*, después de un largo rato de espera en un barracón hecho con hojas de cartasca, Fernando se dispone a disparar la escopeta del 12. A la balsa de agua han acudido por fin unas palomas que desconocedoras del peligro se inclinan a beber. Hasta entonces ha caminado varias horas a través de cepas medio secas, por barbechos, por campos ya verdecidos. Ha sentido la soledad de la mañana y el frío húmedo del Somontano. *[Ni por asomo comparable al frío polar de aquellos tremendos días de Teruel entre el ruido de los cañones y que tantas veces relatará en los años venideros a sus hijos antes de que la televisión los incomunique, sobre todo en las noches del invierno].* Lo ha combatido con tragos repetidos del vino de la bota, se ha comido uno de los bocadillos y ha soñado con cobrar algún conejo o unos palomos para la alegría de Mari y de los chicos. Una descarga seca interrumpe el intento de las torcaças. Al instante caen inertes y sus plumas grises y azuladas se empanan del agua de la balsa.

A las dos de la tarde, los pequeños están en plena comida. Mientras Teresita exige a su tía que le deje la cuchara repleta de puré de lentejas que va a parar sólo a medias a su destino, Mari Cruz da a Luis cucharaditas de Maizena casi sin parar, que el pequeño engulle ansiosamente. Están junto a la mesa del comedor presidida por el "amen, amen, dico vobis...", grabado en relieve sobre el cuadro de la Última Cena. En la pared contraria sobresale una acuarela realista de la Catedral y un calendario de *Gaseosas Angélin*. *[Hasta mediados de los años 60 no ornamentará el comedor de Madrid el tapiz multicolor de los camellos y las palmeras con los beduinos orantes traído de África como recuerdo de la estancia de Fernando en el El Atún y Villacisneros].* Los tres mayores también estarán ahora comiendo en la fonda *El Jardín* sus patatas guisadas con carne. Y Fernando todavía no ha llegado de la *Clamor*.

Los pequeños llevan ya más de una hora dormidos y Fernando sigue sin venir ¿Le habrá pasado algo? ¿Pero es que no tendrá hambre? Si sólo se ha llevado un par de bocadillos. Seguro que, como siempre, se le habrá ido el santo al cielo. Cuando sale al monte no se acuerda de nada ni de nadie; no cuentan las horas, tampoco las distancias; ni siquiera echará en falta la partida de dominó de los sábados en el *Victoria* con Gerardo, Manolo y José María. Ellos sí se habrán extrañado al no poder contar con el cuarto para la garrafina y para la charrada de la tarde entre los cafés y copas de antes *Las Cadenas*. El *Victoria* concentra en sus veladores de mármol una clientela fija casi todas las tardes del año. En la parte superior, protegidos por una liviana barandilla y por el humo de los ideales o farías de dos céntimos, están los guñoteros. Son menos ruidosos

que los de abajo, que lanzan con estrépito las negras fichas de hueso contra las mesas sin tapetes. Aquí no se canta las cuarenta, ni pinta en bastos; las frases son para los no iniciados, casi incomprensibles: "ante la duda, la más menuda", "me troncho", "la salida matarás, tengas o no tengas más", "paso al pito" y otras lindezas por el estilo. Muchos de los asiduos son militares que desde los cuarenta llenan los cuarteles *General Ricardos*, durante un tiempo mucho más activos por los maquis; en el *Victoria* están en su salsa y ninguno ya se acuerda de que están en vísperas de otro catorce de abril. Los espejos de la pared de la derecha ya están pintados con las catorce casillas que mañana domingo recogerán los signos de la quiniela futbolística.

Son las cuatro cuando Fernando abre la puerta del cuarto piso. Le extraña el silencio que percibe en un piso tan ruidoso como el suyo. En el comedor, al calor de la estufa, Virgilia, la hija del cartero de *Buena*, ya está cosiendo el abrigo de Teresita. Mari Cruz ha traído la *Singer* del cuarto de los mayores y se dispone a mover con su pie derecho el pedal para hilvanar los bajos del pantalón de uno de los mayores. Levanta la vista y lo mira con sorpresa y a la vez enfado:

- Ya está bien. Me tenias preocupada. Son más de las cuatro y hace rato que hemos comido. En la cocina te he dejado un plato de lentejas y un poco de carne frita. Estará fría...

- Mari, mira que par de torcaes os he traído -, contesta Fernando sin inmutarse. No ha sido un buen día, pues han tardado en entrar. Conejos, no he visto ni uno - le contesta en un intento de calmar el mal humor que tiene su mujer a causa de la tardanza. No voy a comer porque traigo poca hambre. Me he comido los bocadillos muy tarde, casi al mediodía.

Deja en el fondo del armario del dormitorio la escopeta, los cartuchos y el morral. Antes de cambiarse, se dirige al cuarto de baño y se lava varias veces las manos y la cara. Luego se peina para atrás el pelo como siempre hace, a pesar de las entradas que a uno y a otro lado ya le han empezado a salir. Por la ventana situada encima de la taza, muy arriba, entran los débiles rayos de luz de la tarde que iluminan un cuarto demasiado grande para tan sólo la pila de la ducha del rincón y un pequeño lavabo *Roca* con espejo en el centro de la sala. Sobre la banqueta junto a la puerta, varias toallas. Y del techo, como en casi todas las habitaciones, una simple bombilla. De nuevo en su cuarto, cambia la ropa de caza por una camisa blanca, pantalón gris, zapatos negros, una americana oscura de grandes solapas y

gabardina verdosa. Pasa por el comedor, revuelve los troncos de la estufa que por la tarde suplen las cargas de serrín, mira a Mari Cruz que todavía tiene el gesto contrariado, le hace una caricia en su pelo y la besa casi por sorpresa sin que ella haga nada por impedirlo. Que sí. Vendrá pronto, antes de la cena, sólo se tomará unos cafés y nada de copa. Por la noche echará una mano con los zapatos de los crios para que queden blancos y relucientes.

Sale disparado, *Jardincillos* abajo, hacia el *Victoria* donde le esperan los compañeros de los sábados que ya casi no contaban con él. Mientras, la *Singer* sigue rompiendo el extraño silencio de una casa casi siempre llena de gritos, llores y carreras.

Pasadas las cinco, Laurita deja a sus hermanos en la Fonda y sube rápidamente los cuatro pisos porque tiene que cuidar a los pequeños que se han levantado de la siesta. Lleva a Teresita y a Luisito al cuarto de los mayores. Sin la *Singer*, parece más grande, y así podrá desplegar por el suelo, encima de una manta, los muñecos de cartón y unos ruidosos sonajeros que apenas entretendrán durante dos horas a sus hermanos. En la habitación de al lado, Mari Cruz y Virgilia no cesan de coser. La tarde se les va echando encima y a partir de las ocho poco podrán ya hacer... Poco a poco la casa se va llenando de gente. Llegan los hermanos mayores de *La Fonda* y corriendo por el pasillo se dirigen al cuarto, al lado del ropero, donde los cinco se lo van a pasar en grande: por los suelos, Luisito y Teresita, sobre la manta, se revolcarán una y otra vez bajo la atenta mirada de Luari. Tito y Toñi, subidos en la cama, pintarán con lápices de colores la pared que linda con las casas de *La Floresta*.

La tía Juanita y Virgilia, la modista, acaban de irse y Mari Cruz deja sobre el mueble aparador, junto a la estufa, el abrigo de pelo que mañana estrenará Teresita. Aún le falta coser los bajos. Los pantalones de los pequeños ya están terminados y sólo falta darles una planchada. De la habitación de al lado llegan las risas y los gritos de los pequeños. Aprovechando que están muy entretenidos y confiando en su hija mayor, se dispone a pelar en la cocina unas patatas que acompañarán los huevos fritos con chorizo. Luego, mientras los mayores unten la yema, preparará la papilla de Luisito. Vuelve a pensar en la comida del *Domingo de Ramos*: vendrán Juanita, Virgilia y Juanjo, el hijo de su prima Manoleta; cuando se acuesten los pequeños planchará los pantalones, la camisa de Fernando, terminará el abrigo de Teresita, limpiará los zapatos; las palmas las traerá Juanita... Sus

pensamientos los corta el ruido de la puerta de casa. Fernando acaba de venir del *Victoria*. Ellos cenarán más tarde, pasadas las diez, después de acostar a los niños y cuando los pequeños se hayan dormido.

La cena de los crios ha llegado a su fin. Ha sido, como cada día, agotadora. Primero los mayores y, luego los pequeños. Tras la cena, Tito, Toñi y Laurita han ido pasando por el lavadero de la cocina que por la noche se convierte en la bañera de la casa (algunos días será piscifactoria casera de barbos y madrillas pescados por Fernando en la *Boquera*). Mientras los unos jueguetean salticando la cocina, Teresita descansa sobre las piernas de su padre que se entretiene oyendo el parte de la noche en la radio, al calor de la estufa del comedor. Y Mari aprovecha para darle la papilla al pequeñín...

Son más de las diez y media cuando pueden sentarse uno junto al otro, en la cocina, para cenar sin ruidos, sin llores y sin risas. Apenas hablan entre sí, pero sus miradas se encuentran. Todavía Mari está algo enfadada: apenas lo ha visto durante el día y nada más llegar del monte se ha ido al *Victoria* mientras ella no ha parado ni un instante. Él se da cuenta de sus pensamientos y le da un pellizco con suavidad. No es amigo de carantoñas y por eso ella se lo agradece. Ya todo está olvidado.

Acaba de encenderse la luz del cuarto del fondo del pasillo. Laurita saca de la estantería *Las aventuras de Celia* y comienza a leer por donde lo había dejado. Está nerviosa y no puede dormirse... Tito y Toñi, en el cuarto junto al ropero están profundamente dormidos, pegaditos el uno contra el otro. Sueñan ya con el *Domingo de Ramos*; estarán muy guapos con la ropa nueva y, además, vendrá su primo Juanjo y, si no se pone de morros, a lo mejor se queda a pasar la noche con ellos... Teresita ya ha cogido el sueño en la cama turca y Luis, gracias al chupete, cree que sigue mamando de la teta de su madre...

A las once y media Mari Cruz plancha en el comedor las ropas de estreno de sus hijos. Todo tiene que estar preparado para cuando lleguen Juanita, Virgilia y el primo Juanjo. Y a Luisito lo tendrá que bajar a la fonda *El Jardín*. Y todavía tiene que limpiar los zapatos. Fernando ha encendido el flexor de su armario para no molestar a los chicos y prepara los cubiertos que el domingo por la tarde grabará para la Isla de Cuba.

Es una noche densa, sin luna, y bastante fría. Hay un silencio total en la casa. Las campanas de la catedral dan las doce. Ya es 14 de Abril...

Madrid, 29 de Abril de 2000
Día del bautizo de Isabel y Martín



“ROS ESTALENTAUS”

En esta sección vamos a entrevistar a los zagales y zagalas de 14 a 18 años, y que nos digan, sin ofender a nadie, las animaladas sobre música, juegos, peñas, estudios, etc... que todo el mundo ha dicho, dice y dirá en estas edades.

PRESENTACIÓN: KARY NAYA TORROSA (02-04-85), es una espigada zagala, dicharachera y extrovertida, componente de unos pocos que forman una pandilla de zagales y zagalas que viven en Castillazuelo.

ALFONSO: ¿Nombre?

KARY: *Kary, con “i” griega al final.*

A.: ¿Dónde naciste y cuándo?

K.: *En Barbastro, el 2 de abril de 1985.*

A.: ¿Vives en el pueblo o en Barbastro?

K.: *En Castillazuelo, desde hace unos tres años, ya definitivamente con mis padres y hermano.*

A.: Pero... los estudios los has hecho y aún los haces en Barbastro ¿no?

K.: *Así es.*

A.: ¿Qué estudias ahora?

K.: *Estoy haciendo tercero de ESO.*

A.: ¿Va bien?

K.: *De momento sí.*

A.: ¿Qué asignaturas te van más?

K.: *La Literatura y la Historia.*

A.: ¡Buena memoria!, ¿y lo que menos?

K.: *Física y Química.*

A.: Claro, los numeritos ...

K.: *Sí, pero vaya, también los saco bien, aunque con un poco más de esfuerzo.*

A.: Tengo entendido que eres una consumada deportista

K.: *Siempre me ha gustado mucho.*

A.: ¿Cuál es tu especialidad?

K.: *El atletismo, vallas y longitud.*

A.: ¿Te estás preparando concienzudamente para la próxima temporada?

K.: *Ahora empiezo a entrenarme*

otra vez, he estado un año de baja porque estaba con la espalda fastidiada.

A.: ¿Tuviste alguna lesión importante?

K.: *Bastante, fue una lesión de pinzamiento de vértebras, por crecer más deprisa los músculos que los huesos. He estado este año pasado haciendo reposo y ahora ya estoy recuperada del todo.*

A.: Háblanos de los récords que tienes

K.: *En 80 metros vallas fui la primera provincial, y de Aragón, aunque no estuve bien, tengo la misma marca que la que quedé primera. En todas las pruebas que participé tengo la mejor marca provincial.*

A.: Cambiemos de tema. ¿Qué tal el asunto teatro?

K.: *(Abre los ojos como platos y esboza una gran sonrisa) ¡muy bien! lo pasé divinamente, tanto en los ensayos como en las representaciones.*

A.: ¿En cuántas obras has intervenido?

K.: *De momento en dos. La primera se llamaba “A razón de boda” de Luciano Puyuelo, una comedia costumbrista en la que yo hacía el papel de la hija pequeña, Alicia. Sólo la hicimos una vez, fue en el pueblo, para las fiestas de Agosto de 1997.*

A.: ¿La segunda?

K.: *“¿Que me divorcio!”, también de Luciano.*

A.: Tengo entendido que la interprestaste varias veces.

K.: *¡Sí!, ésta, primero la estrenamos también en Castillazuelo, en las fiestas de agosto del 98, y a continuación la interpretamos en Alquézar, Huerta, Adahuesca, Abiego, Barbastro (en el Argensola), Peraltilla, Huesca (en el Barrio de la Encarnación), Berbegal, Salas Altas... Fue muy divertido, todos los componentes del grupo de teatro Frustrería, que así se llama, son estupendos y hay mucha compenetración desde el primero al último.*

A.: ¿Hay continuidad?

K.: *Sí, ahora estamos metidos en otra obra que esperamos guste a todos.*

A.: ¿Qué tal lo pasas con los amigos?

K.: *También muy bien, tenemos una peña que la llamamos “Peña Los Chotos”. Nos juntamos “Toxo”, Ignacio, Estela, Nestor, Joaquín y su hermano Sergio. La tenemos muy bien acondicionada, con televisión, video y música.*

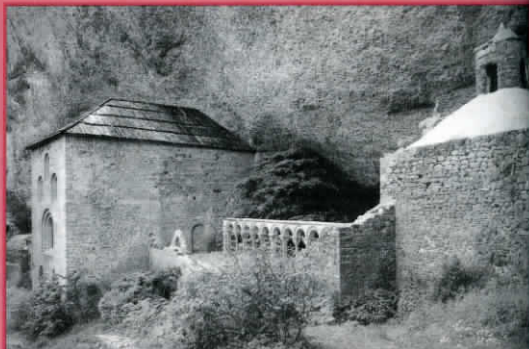
A.: ¿Qué tipo de música escucháis?

K.: *Rock, Heavy, etc. Allí estamos casi todos los días y nos lo pasamos muy bien. Como verás somos pocos pero bien avenidos.*

A.: Así debe ser, como mandan los cánones.*



CARRETERA, MANTA, MANTEL Y... MÁS



Dos horas nos separan de los lugares a los que os invitamos hoy. Dos horas que suponen la posibilidad de trasladarnos en el tiempo y en el espacio a acontecimientos pasados; los cuales marcaron nuestra razón de ser y, en parte, lo que ahora somos. Vamos a la cuna de Aragón... a San Juan de la Peña.

Este célebre monasterio, que todos deberíamos conocer, impresionado primero, por su original emplazamiento, debajo de una inmensa roca y en medio de un feraz y espléndido paisaje de montañas y árboles, lugar donde el Pirineo se ofrece en toda su grandiosidad. Cenobio histórico,

cuyos orígenes se pierden en el tiempo, perdidos en brumas de leyendas y mitos, y en donde se cree estuvo el Santo Grial enviado desde Roma hasta Huesca por San Lorenzo para luego trasladarlo a San Juan de la Peña, a raíz de la invasión musulmana.

En el S. X hubo un monasterio de regla visigoda dedicado a San Julián y se cree que en el siglo XI se encomendó la reforma a la regla benedictina de Cluny. Nada de lo que acontecía en los reinos fue ajeno a este importantísimo cenobio. El monasterio viejo consta de dos plantas. En la inferior destaca la iglesia y el dormitorio monacal y en la superior, el panteón de nobles, junto a otras estancias, de las que la iglesia y sobre todo el claustro, sobresalen del resto. Su claustro es obra de un escultor anónimo al que se le dio el nombre de maestro de San Juan de la Peña, quien, a finales del S. XII influyó poderosamente en el románico, arte de su tiempo, con el realismo narrativo de sus obras y con las primeras tendencias de movimiento de sus figuras. San Juan de la Peña supone una lección de arte, historia y comunicación.

Dejamos el recinto monacal y subimos a la pradera o LLANO DE SAN INDALECIO; encontraremos allí el monasterio nuevo de los siglos XVII y XVIII; amplia edificación, hospedería, iglesia y casa abacial. Llegados aquí, y cultivado el espíritu, preocupémonos ahora de la alforja; nunca mejor dicho, ya que para este viaje, sí que necesitamos alforja. El buen comer y el buen beber en la pradera son un lujo barato del que no deberíamos privarnos. Echar la siesta, eso sí, con manta, en el "Prau", es placer de dioses, así que... a lo que estamos. No dejaremos San Juan de la Peña sin pasear, donde el Pirineo tiene su balcón, contemplándolo y disfrutándolo.

En el camino de vuelta, cerca, muy cerca, Santa Cruz de la Serós, pueblo pintoresco y medieval al que se llega bajando por el monasterio viejo y en donde se encuentran el templo lombardo de San Caprasio (S. XI) y sobre todo Santa María de la Serós, monasterio de benedictinas y del que solo queda la iglesia con su inconfundible estampa. Severa, en su interior tiene detalles dignos de ser contemplados y una excelente sonoridad que le hacen un marco incomparable como sede de conciertos. Un pequeño paseo por sus callejuelas, es el preámbulo de la vuelta a casa y... a soñar.■

